



XXVIII.

LA "OPOSICIÓN."

El Dr. Jesús Pedroza estaba inscrito, el primero, en la lista de candidatos. No se sabe si por esta primacía casual o por su aspecto de inocencia, fué llamado para extraer de un cubilete papелitos plegados conteniendo un número. Cada número correspondía a determinada cuestión médico-legal de las cincuenta y tantas en programa.

Trémulo, como un niño cuya mano fuera a decidir de terrible destino, sacó Pedroza el número 23. A este número correspondía la cuestión: "De la violación y sus signos."

Fué el Dr. Gordete, que fungía de secretario del jurado escolar, quien leyó la cuestión con pregonero acento. Y en tanto que Pedroza, acom-

Capítulo XXXVIII
LA "OPOSICIÓN."

pañado del mismo Gordete, se retiraba a meditar un rato sobre el tema propuesto, los demás profesores se agrupaban para deliberar en un rincón del pretorio. Penequez, con el semblante severo, los párpados caídos, velando la intención profunda, expresó su alarma pudorosa.

—Yo no sé cómo hemos incluido en el programa una cuestión semejante. Es algo obscena!

Birján reprimió en los labios la respuesta: “En Medicina no hay obscenidades.” Su procacidad de tahur se sintió cohibida por la hipocresía ambiente, y convino en que el asunto era “peligroso.” Los otros dos jurados complicados con el terceto de los tamales, guardaban un silencio doliente a fuer de almas puras, abúlicas por el momento, pero contagiadas de hipocresía.

Siempre elegante, Gordete no se zarandeaba como en la huerta. Encargado de llevar, encerrar y traer a los candidatos, afectaba una gravedad casi litúrgica. ¡La corrupta osamenta del protomedicato resurgía! Era la vieja Protomédica de claustral estilo, con sus noches tristes, sus encapillamientos en cuartitos sombríos, donde trascurren los segundos con fúnebre tic-tac. Había que aterrorizar al “opponente” como si éste, en vez de ser un simple ciudadano que quie-

re una cátedra, fuese un reo convicto y confeso de algo nefando. . . . De allí la rigidez de Gordete, el ojo torvo de Penequez, la sonrisa canibalesca de Birján que mostraba al candidato sus pequeños molares con insinuación amenazadora: “Prepárate; que te vamos a comer crudo!”

En el salón, la multitud estudiantil esperaba guasona, como un público de tanda. “¿Quién es el oficial?” Era la pregunta que corría por sillas y bancos, salía a los corredores y se esparcía por entre los grupos de médicos, estudiantes, repórteres y simples curiosos. Un rumor tomaba consistencia: “No es Carriles, sino Pinillos, el candidato oficial.”

Para descubrir de dónde provenía el rumor se necesitaba haber estado allí, en el patio de la Escuela, poco antes de la apertura del aúlico salón. . . . Miradla!—¿Quién es ella, la estudiante de negro velillo que va de corro en corro, detiene en su marcha incesante a los estudiantes “deambuladores,” semejante a gitana escolar que dijera la buena ventura? ¿Quién es ella, la que va dejando al paso la noticia del día y de la hora: “Pinillos es el oficial”?

—No cabe duda! Es Elvira Resendis, salida poco ha de la Canoa, atiborrada de bromuros y valerianatos; pronto escapada, por milagro de

Dios, a la nicotina y al encierro; Elvira que se ha metido de estudiante galénica y ha encontrado en la pasta de su maleable personita recursos suficientes para hacer alternar la dactilografía con las cátedras médicas y las visitas a las sacristías. Ultimamente, el pícaro de Carriles discurrió utilizarla en su posición de futura doctora con el fin de escapar a la impopularidad que circunda a los candidatos protegidos; por lo cual sugirió a la histérica que colgase el milagrito de la "oficialidad" al cuello de Piniillos.

Y se verificó un fenómeno digno de ser consignado en los anales de la Psicología de las multitudes. Cuando Elvira detenía con su noticia a los estudiantes que deambulaban o hacían rueda, estos desdeñaban o prestaban poca fe al oráculo que salía del negro velillo. La histérica se desbordaba más allá de la sugestión directa. Llegó a afirmar que no era sólo Piniillos el protegido; también Sergio y Pedroza tenían sus "paleros" en el jurado; y en su chismorio, Carriles se destacaba incólume personificando la independenciam científica. El escepticismo se convertía por grados en dudas y sospechas, a medida que engrosaban los corrillos locuaces. Poco a poco la "independencia de Carriles" ya

no se apoyó en el simple dicho de Elvira, sino en los de muchos Pérez, González y otros Martínez. . . . Cuando se abrió el salón y comenzó el certamen, la recua constituida estaba en disposición de aullar, convertida en camadita escolar.

Y fueron saliendo al palenque los candidatos: Pedroza, contraída y amarillenta la faz, pareciendo salir de la tortura y abordar el Santo Oficio; Sergio, desalentado y triste, con la levita dominguera mal ceñida al dorso, encorvado a fuerza de inclinarse sobre libros y cadáveres. Habían ambos comenzado a padecer en el camarín sombrío, ante el péndulo que les contaba los veinte minutos de meditación; seguían padeciendo frente al sinedrin de eminencias, sentadas bajo el rojo dosel.

A su turno abordó cada cual la cuestión del himen íntegro y el himen desgarrado. Y en el curso de su disertación, experimentaban ambos la misma transición de lo terrible a lo cómico. La comedia los circuía: Birján, inhábil para disimular su aspecto de tallador tramposo en un bacará *sui generis*; Gordete recomendándose a la admiración con su doblar de brazos y piernas en actitudes magistrales; Penequez supliendo su vacuidad intelectual de profesor gratuito

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

con mímica de dignidad atribulada por lo escabroso del asunto; los otros dos sinodales, los *pu-ros*, indecisos, ensayando disfrazar su abulia con expresiones voluntarias. . . .

Abajo, en la sala larguísima y estrecha, el auditorio, chocarrero y cándido, oscilando a la menor veleidad, entre el ceceo y el aplauso. . . . La ciencia en tandas! Una de las múltiples formas que tomara la broma en “el país de broma” que cantara el poeta Zorrilla. Tan clara la veían los candidatos que, arrastrados por ella, emprendieron bromear en serio. Pedroza discutió una clasificación lunática de los hímenes. Hímenes en cuarto creciente, en cuarto menguante, en media luna, en luna llena (los imperforados), en aureola lunar (los anulares). . . . Más analítico, Sergio discutió los humores, “rocío del amor prendido como a pétalos mucosos, a los *carúnculos mirtiformes*.” Se echó a caza de los espermatozoides. Les descubrió formas fantásticas, fáciles de aceptarse por Birján y socios que no los conocían más que por vagos recuerdos de figuras. Acabó por imponerles como humano, trazándolo atrevidamente en el pizarrón, un espermatozoide de caballo.

El público, niño policéfalo, parecía dormitar de aburrido. Deseaba peroratas, y no demost-

ciones. ¡Como que ya se lo sabía todo, en toda especie de materias; mucho más en desfloraduras!—Aquellos dos candidatos incoloros, tratados despectivamente de “semi—oficiales,” no tenían el don de interesarle. Solo Pedro Flon, sentado en una de las primeras filas, siguió con emoción el recitado de Sergio, persiguió su giro final de amarga e irreverenciosa ironía. Cerca de él, Elvira Resendis, en un intervalo de depresión, se llevó a la boca el dorso de la mano para ahogar un bostezo.

De repente la sala se agitó. Varios ruidos guturales, golpes de tos chocarrera, se propagaron contra el “oficial” que entraba. . . .

Pero el práctico Pinillos no era hombre para arredrarse por tosecitas. Fuese derecho a lo serio-cómico. . . . “La virginidad, señores, ¡qué fantasma! ¿Es que existe realmente en la Naturaleza? Las selvas “vírgenes,” violadas desde la creación por bestias y alimañas, guarecen a los Caínes en las épocas cavernarias. Después. . . . se han prostituido a toda clase de leñadores. Igual fenómeno se produce en las cumbres reputadas “vírgenes.” La pureza de las nieves alpinas corre parejas con las de nuestro Po_ocatépetl, maculadas por zuelas fangosas, latas de sardina y peores residuos.”

“La membrana himen, gran signo convencional de la virginidad, es un logogrifo anatómico. A veces imperceptible, atrofiada, como vegetación marchita al nacer; otras irregular, en colgajos que simulan desgarraduras. . . . Pueden éstas existir sin culpa de varón alguno; y *vice-versa*, el himen puede aparecer intacto a pesar de que la mujer haya pasado por los últimos trances del amor y aun por las angustias del parto. Parteros y comadronas hábiles han salvado la integridad himenal de púdicas Julietas interesadas en fabricarse una segunda virginidad para un segundo Romeo. . . .”

Aplausos mezclados de risas saludaron estas salidas pinillescas.

“Si la virginidad es fantasmagórica, continuó el candidato entusiasta, la violación tiene que serlo con más razón. La mayor parte de las víctimas son “violadas voluntarias.” Nadie sabe hasta qué punto ha intervenido la atracción, la pasividad o la resistencia femeninas en cada caso. Demasiados medios de defensa tienen esas niñas. Si usaran de ellos, las cifras de pretendidas violaciones se reducirían de un 95 por 100. Comencemos por establecer la potencia de los músculos *custodes virginitatis*. Midamos con un dinamómetro especial, su fuerza de aducción y

opongámosla al empuje de los presuntos violadores. . . .”

No pudo continuar el práctico. La explosión de risas le cortó el hilo del discurso. Bosquejando un ademán de levantar el monte, agitó Birján la campanilla. Penequez, con el índice y pulgar en cruz, reprimió la santiguada. Gordete se aseguró de que la perla de la corbata permanecía ostensible y acariciando el brillantudo anillo, manifestó por lo bajo que la exposición de Piniillos carecía de elegancia. Los dos abúlicos asintieron.

Apareció Carriles, victorioso antes de combatir. La claqué estudiantil aplaudió en él al putativo “anti-oficial.” Hizo una lección pudibunda. “Nada de nombrar el órgano agredido,” le había “soplado” al paso un emisario de Penequez; por lo cual, en vez de la prosaica designación anatómica, empleó el dictado estrambótico de “aparato mujeril pudendo externo.” El pudor se extendió como una gasa retórica por la fraseología de Carrilitos. El vulgar “himen” fué sustituido por el “diafragma virginal”. . . . ¿Y aquello?— “Aquello” era lo grave *quid non dicendum*. Antes, durante y después de “aquello” fueron los períodos carrilecos por que atravesaron las violadas. Apenas si alguna vez se permitió alu-

dir a *aquello*, bajo la perífrasis de “conjugación sexual.”

Todo fué dicho de corrido, sin titubear, con ritmo galopante. Recitar el mayor número de palabras en el menor transcurso de tiempo, anhelo supremo de sacamuélas, era el ideal oratorio de Carriles—ideal acariciado en sus ambulaciones estudiosas ante el perico de la azotehuela.

“Oh perico ¡qué triunfo!” decía Carriles en evocación secreta al oír los aplausos de la recua entusiasta y al percibir la complacencia halagadora del jurado.—“Este sí que es decente!” opinó Penequez en voz alta. Aquella elocuencia de loro púdico cayendo sobre un sínodo contagiado de tartufería doctoral le aseguró la cátedra por votación unánime.

Sólo una risa turbó su triunfo. Risa que empezó ronca y subió estridente, terminando en tonalidades agudas, risa que arrancaba de las profundas ironías, epilogaba la farsa latente bajo el grave ceremonial.

Salía de la garganta de Elvira Resendis sentada en un banco delantero, sacudida por crisis hilarante.

¿Quién ríe?—Una histérica.—¿Quién se atreve a reír con ese descaro imprudente?—La razón de la sinrazón, lo femenino insignificante, nadie!

La sacaron del salón casi en peso. Pedro Flon la abanicaba con un periódico, le oprimía el pulgar izquierdo, maniobras anti-histéricas, coronadas de varios éxitos en la Sección..... Surgió la Policía, representada por un personaje y un personajillo: Don Eduardo Velázquez y un “secreto.” Excitado por un pudiente burócrata, protector de Doña Anaclea, el jefe de Policía rondaba por la Escuela para “controlar” la Oposición y cerciorarse del triunfo de Carriles.

—Un gendarme! propuso el secreto; habrá que llamar uno para que la lleven en camilla a la Comisaría.

—Eso sí que nunca! Camilla no! Comisaría no! clamó la histérica saliendo de su crisis, más en virtud de las conminaciones policiacas que de las maniobras resolutivas.

—Si no es nada; ya estoy buena! confirmó la joven repuesta.

El Inspector Velázquez creyó oportuno ostentar su autoridad.

—¡Hola, chiquilla! ¿Conque has hecho tu escandalito? Que te lleve este señor en coche; no a la Comisaría, sino a tu casa.

Y en voz baja, al “secreto:”

—Llévatela a la mía!



XXIX.

EL ANÓNIMO.

A las seis, había terminado la Oposición. Cerca de las siete de la misma tarde, Velázquez doblaba la esquina de la Rinconada hacia la casa de las Cariátides. Llegaba engreído con la idea de su influencia creciente. Su concepto cínico de la lucha social acababa de afirmarse una vez más con el triunfo de Carriles. La sentencia jesuíta "el fin justifica los medios" hallaba en su espíritu esta recíproca terrible: los medios *decorosamente* concertados abonan el fin. El "decorosamente" significaba: ornato legal, exterioridades correctas, "títulos colorados," sellos curialescos. Todo se puede hacer por tales medios. Podemos robar a socios o coherederos siempre que, a favor de peritos complacientes, inventa-

CHAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. U.

riemos a nuestro gusto. Podemos matar. . . . a condición de estampillar al muerto. “La estampilla. . . . he ahí todo! A este pobre Carralitos, ya le dimos estampilla de sabio.”

Formulando esta conclusión, subió la escalinata en que salió a recibirle Cándido Cuéllar.

—¿Hay novedad? interrogó el gran polizaico.

—Una caja de vestidos de señora.—Arcadio Pérez, de la Secreta, trajo a Doña Elvira, la chifladita.—Llamaron, por teléfono, de la 7ª

La llamada telefónica se repitió al instante, Redoblados timbrazos invitaron a Velázquez a comunicarse con la 7ª Comisaría.

—¿Qué ocurre?

—Choque y descarrilamiento por el Egido.

—Muertos? . . .

—No; machacados. “Fracturas y contusiones no graves” dice el practicante. ¿Qué hacemos?

—¿Cómo qué? Arriar con ellos a la Sección.

—Hay *decentes* que se resisten. Quieren irse a curar a sus casas. Entre ellos, el hijo del Contador Mayor de Hacienda.

—¿No hay otro de *arriba*?

—Creo que no.

—Bueno! Pues a ese dejarle ir. Arriar con los otros!

Colgó la bocina, y dirigiéndose al mayordomo:

—Tengo días en que este teléfono *me carga*...
A ver los vestidos.

Presentóle Cándido una gran caja de cartón. Abierta, se dejaron ver dos ropas de novia destinadas a la futura del Inspector. Blanca la una y la otra negra. La blanca decía la última ilusión de la niña; la negra, el primer desengaño de la mujer. El velo virginal, las guirnaldas y diadema de azahares—azahares de trapo—proclamaban la comedia social encubriendo carnales realidades.

Gozóse el Inspector en extender el traje blanco sobre el diván rojo en que cierta noche se debatió Elvira Resendis. A este recuerdo, surgió el contraste entre la endeble histérica y su novia oficial. ¡Una reina! ¡Cómo resaltarían sus formas bajo la seda, y en pos de qué pies iba a arrastrarse la larga cauda! En un rincón de la caja descubrió los zapatos satinados, de aspecto columbino. . . . Hacia aquellos pies iban a volar los dos pichones dormidos.

El teléfono cortó el curso de estas ideas epitalámicas, con retintín prolongado.

—Ya comienza de nuevo esa matraca. A ver, Cándido ¿qué quieren?

Tomó el fámulo la bocina e informó:

—Ordena el señor Gobernador que vaya Ud.

al Callejón de la Pulga, en la 2ª, donde hay algo grave. Un muerto sospechoso en un cuarto de vecindad. El médico fué a reconocerlo y no quiso expedir certificado, porque parece que presenta una herida punzante.

—Vaya una pamplina!. . . Que arréen con él a la autopsia.

—No ha sido posible sacarlo; y la cosa se pone fea para la policía.

Mal humorado, Velázquez hizo pedir explicaciones. Y vinieron. . . Ni la mujer del muerto, ebria hasta el idiotismo, ni los porteros asociados con ella en la borrachera del velorio, habían estado en aptitud de dar a la Comisaría el “parte del muerto.” Por lo cual, el cadáver comenzaba a descomponerse, y llegó el hedor a la Comisaría en forma de quejas de los coinquilinos. . . Los camilleros que fueron a sacarlo, invitados al velorio sin fin, titubearon sobre sus piernas. Se fueron a reconfortar a la pulquería próxima. Entretanto, crecían el hedor y las quejas. . . El caso salía de lo vulgar. Herida oculta, complicada de borrachera general y fetidez. Se requería el alto personal.

—Que vaya Vicencio! contestó Velázquez.
A lo cual replicó el teléfono:

— Ordena el señor Gobernador que vaya Ud. personalmente.

El reiterado “ordena” provocó en el Inspector un gesto de torturado. Plegó de prisa la ropa blanca y la puso bajo la negra, como si la vista de aquella le hiciese daño. Sus ideas tomaron la negrura del traje superpuesto, del lóbrego y pestilente cuartucho cuya visita se le imponía. ¿Era eso lo que su ambición soñaba en el puesto? Permanecer en él le parecía insoportable. Lo había ocupado como un escalón para elevarse, y el escalón giraba, le caía encima como la trampa sobre el ratón.

Agitado, movióse a grandes pasos por la sala; se sentó luego en un sillón, con los codos en los braceros, estrujándose las guías del bigote. Las ideas blancas se iban; venían las negras en tropel. . . . “Urge preparar el golpe” murmuró, y gozoso de reaccionar contra las órdenes, ordenó:

—Oye, Cándido, traeme a la muchacha.

—¿La *chamaca*? Mire que *se huye* y nos va a dar guerra otra vez.

—Sólo la quiero para que me escriba una carta.

Se presentó Elvira andando derecho, curada temporalmente de su pie equino. Velázquez calmó su inquietud con un aire de protección tran-

quila. A solas con ella, la hizo sentarse frente a la máquina en que solía Tecla ejercer su pericia.

—No te asustes, chiquilla! Ya no te mandaré a la Canoa. Has salido curada. . . . Debes estar-me grata. . . . Te soltaré pronto. Se trata de que me escribas una carta para advertir a un gran personaje de que lo amagan. Preparan un golpe; piensan echarle encima un matón anarquista. Por lo cual se le previene. . . . Para estas cosas no sirve Tecla. Sólo trabaja al dictado. . . . Aunque ya pretende escribir de cacumen. Como que anda por allí queriendo hacer pininos de periodismo; quiere dejar mi máquina por el reportazgo en “el Justiciero.” Apenas viene. Es un. . . . tecla! Tú vales más. Eres medio literata, no obstante tu poco de Ortografía. Redáctame eso a tu modo; pero cortito.

—¿En verso o en prosa? preguntó Elvira ingenuamente.

—En prosa, por supuesto, replicó el Inspector sin poder reprimir una risa que turbó un poco la gravedad del diálogo. Pronto se repuso, afirmando:

—Es cosa seria, muy seria!

Trascurrieron solemnes momentos mientras la joven apoyaba en la diestra su frente pensa-

tiva. Cuando hubo bajado la inspiración, escribió:

“Señor! Los malbados os acechan en la sombra. Sucitan contra vuestros preciosos días un crimen nefando para borraros del catálogo de los vivientes. . . . Guardaos del asesino! Ay de los proterbos! Ay de vos! Ay de la patria!”

Elvira desprendió del cilindro la cuartilla escrita, como pudiera extraer su hoja sibilina una moderna Egeria.

—Bien! Sólo algunas faltitas. . . . Pueden dejarse para dar un sabor democrático. El aviso sale del pueblo. . . . Pero ¿para qué son tantos *ayes*? observó el inspector. Echas más *ayes* que mi buena amiga Doña Anaclea, viuda de Pimienta.

—Es que suenan bien. Esto emociona como: “Ay de la esposa infiel!—Ay de la ingrata!”

—No empieces. . . . Los quitaremos. ¿Y por qué usas el *vos*? Mejor el *usted*.

—¡Ah, no! “Usted” es pedestre. Aquí se necesita el *vos*, la prosopopeya. . . .

—¿Quién te ha enseñado tanto?

—El padre. . . .

Elvira se detuvo palideciendo. Acababa de resurgir, entre ella y su interlocutor, el fantas-

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ma cadavérico de Tortolero. Precipitadamente, Velázquez imprimió otro giro al coloquio.

—Tengo que salir pronto. Corrige los ayes y el *vos*. Aquí tienes una cubierta.

Automática, la versátil histérica pasó a las nuevas ideas sugeridas. Hizo un segundo ejemplar, corregido y disminuido; lo puso bajo el sobre y preguntó:

—¿Rotulo?

—¿Cómo! Si no sabes a quién! Eso me toca a mí.

—¿No es al Sr. Presidente de la República, General Porfirio Díaz?

—Demonio de chamaca! Rotula, pues, ya que diste en el clavo. Agrega: “Reservada.—Domicilio. Cadena 8.”

Poco después, un mensajero especial depositaba la carta en el buzón presidencial de la calle de Cadena. En la esquina de Cadena y Colegio de Niñas, Velázquez, acompañado de Vicencio, espiaba desde un coche de alquiler, la entrada y salida del mensajero. Cuando se cercioró de que la carta estaba en buena vía, se volvió hacia Vicencio, diciendo:

—¡Ahora sí! Ya es tiempo de acabar con estas “trinquetadas” del oficio. ¡Maldita la gracia que me hace el visitar vecindades apestadas, por

orden del Gobernador!—Y al cochero, con rabia concentrada:

—¡Al callejón de la Pulga!

Casi al mismo tiempo, Pedro Flon que atisbaba la casa de las Cariátides desde un rincón de la Rinconada, vió salir a Elvira.

Ya no era sexual deseo lo que hacía correr al estudiante tras ella. Al igual de Carriles, convencido estaba de que la joven reservaba sus caprichos para seres extraordinarios, y que, para determinarse al amor, necesitaba cierto religioso misterio, imposible de realizarse con un pobre laico, supernumerario de Comisaría. Sentimientos de adhesión amigable, casi fraternales, sucedieron a las primeras impresiones; y ahora sólo la buscaba como compañera de vicisitudes y venganzas, su aliada natural. Le siguió los pasos, abordándola en la Alameda.

—¿Para qué la quería el Inspector?

—Para que le escribiera un anónimo. . . . Algo terrible se prepara.

Pedro Flon estaba lejos de inscribirse entre esos estudiantes de saco roto que tienen oídos y no quieren oír. De lo poco que pudo sacarle a la histérica, conservó la fabricación de un anónimo al Presidente, con fines siniestros. Lo que animaba al estudiante contra Don Eduardo era

CHAPULA ALFONSO
VINTA Y CINCO
1917

vaga hostilidad infantil, deseos de pincharle las caderas con alfileres o de prenderle una cola inflamada. Ni su odio de pequeño impotente se dirigía contra la persona misma del Inspector, sino contra lo que ella le representaba, es decir, la fuerza bruta del poder. Era esa fuerza la que le inmovilizaba en una Sección médica, con veinticinco pesos al mes, como supernumerario crónico. Era ella la que salvaba en coche a Berlinguez "trompeador" y consignaba entre gendarmes a Milanés "trompeado;" la que abatía a su jefe Sergio por independiente y taciturno, mientras ensalzaba a Carriles por yerno hablantín y plegadizo.

Juntos siguieron por la vía ancha de la Alameda hacia la glorieta central. Reinaba el silencio en el viejo parque, sólo interrumpido por el chisporroteo de los reverberos eléctricos, entre cuyas trémulas proyecciones alargaban sus sombras los fresnos y eucaliptus.

Elvira se echó a retozar con versos de Fray Luis:

Oh bosque, oh fuente, oh río!
Oh secreto seguro deleitoso!

—¿Dónde está el río?—interrumpió Flon.

La histérica esquivó el punto con uno de sus bostezos habituales. Pero a falta de elemento

fluvial que la surtiera, la fuente seca del centro se ostentaba empavesada con banderolas y enramadas. Desviándose a la derecha, la calzada Sur de la Alameda, les ofreció más claro el espectáculo de una fiesta próxima. Vieron los farolillos colgarse á las cuerdas ondeantes, prenderse al ramaje de los truenos, en tanto que el lienzo tricolor, con escudos de águila y nopal, se izaba al extremo de postes emperejilados. Vieron el pabellón morisco disponiéndose para recibir al Presidente de la República: bajo púrpuro dosel, un estrado guarnecía el vestíbulo; la escalinata se esforzaba por parecer suntuosa a la sombra de un toldo.

Menos de cuarenta y ocho horas faltaban (era aquella la noche del 14) para que el Presidente Díaz subiese, por los alfombrados escalones, a presidir la solemnidad matinal del 16 de Septiembre.